

ORIGEN Y DESTINO DEL HOMBRE DE JEAN PIVETEAU

por Juan Comas

El autor goza de merecido renombre en el medio antropológico por su clásico tratado de paleontología humana ampliamente difundido;¹ además, en 1968 se publicó la versión castellana de un breve pero enjundioso artículo tratando de definir al género homo.²

Ante todo hace hincapié en observaciones metodológicas bien conocidas, pero no siempre aplicadas, aún siendo de primera importancia en la investigación paleontológica:

a) Necesidad de fechar correctamente los hallazgos, a fin de obtener su edad relativa con procedimientos estratigráficos y la edad absoluta con técnicas físico-químicas. Una omisión al respecto motiva que muchos restos queden inutilizables para establecer hipótesis filogenéticas.

b) Tener en cuenta los principios de *correlación* y de *conexiones*; el primero para establecer las posibles relaciones entre formas animales diversas; y el segundo que permite encontrar la unidad en la variedad, dando así cierta validez al establecimiento eventual de series evolutivas.

c) Utilizar el criterio de *homología*, consecuencia directa del principio de las conexiones: dos órganos pertenecientes a seres distintos se consideran homólogos cuando ofrecen las mismas conexiones.

d) Distinguir entre caracteres *primitivos* (o *generalizados*) y caracteres *especializados*; y también el concepto de *irreversibilidad* en la evolución, citando ejemplos ilustrativos, tales como la pentadactilia como disposición primitiva, sustituida en muchos casos por conformaciones especializadas correspondientes a pérdida de uno o varios dedos (équidos, rumiantes, etc.) como resultado de una divergencia evolutiva a partir de un tipo *generalizado*. Reconoce la irreversibilidad del proceso evolutivo, o sea la imposibilidad de retornar a las características generalizadas partiendo de una especialización; admitiendo sin embargo que ciertos caracteres simples, ajenos a la íntima organización del animal y carentes de significado funcional, pueden ser y son de hecho reversibles.

e) Advierte los peligros de emplear, preferente y primordialmente, métodos cuantitativos tratando de substituir aquéllos basados en la comparación de estructuras, es decir, los cualitativos. Sin negar la importancia de la estadística y el criterio cuantita-

tivo en la interpretación de los hechos paleontológicos, coincidimos con Piveteau en la necesidad de no olvidar el aspecto cualitativo en las ciencias de la vida.

Sólo mencionaremos algunos de los puntos más relevantes en cuanto a la evolución de los homínidos. Recuerda los 3 tipos de locomoción: a) fase inicial cuadrúpeda o arborícola; b) fase también arborícola pero cuyo desplazamiento se hace por suspensión de los brazos (braquiación); c) fase bípeda, consecuencia del descenso de los árboles; fases consideradas a menudo como una sucesión lineal evolutiva, pero que Piveteau estima independientes y divergentes, afirmando que desde muy temprano se estableció entre los primates, según los grupos, una persistencia de la etapa cuadrúpeda, una tendencia a la braquiación o una orientación hacia el bipedismo. Esta última modificación del aparato locomotor tendiendo a la posición erecta motivó la divergencia hacia el grupo de los homínidos, *siendo ésta [la posición erecta] la primera condición orgánica del fenómeno humano; fue más tarde cuando el cerebro alcanzó su pleno desarrollo*. De este modo responde nuestro autor a la tan controvertible cuestión de si la evolución cerebral antecedió a la posición erecta y especialización de la mano, o viceversa.

Considera a la línea homínida separada de la de los restantes primates a partir del Oligoceno, o sea hace más de 50 millones de años; pero, contrariamente a otros investigadores, incluye los *Dryopithecus* y *Proconsul* en la familia de los Póngidos. En cambio reconoce en el *Ramapithecus* (del

Mioceno superior y Plioceno) por un lado características claramente póngidas junto a otras que le aproximan a los homínidos; por tanto rechaza el criterio de quienes sitúan al *Ramapithecus casi* en la frontera con la humanidad.

En cuanto al *Oreopithecus* (Mioceno superior) se atiene a la interpretación de Huerzeler para quien se trataría de una *paradoja* filética, por presentar simultáneamente caracteres correspondientes a los grandes monos y otros orientados hacia el proceso de hominización. Puede considerarse una rama lateral en el árbol filogenético de los homínidos, pero no una forma ancestral del hombre.

Sitúa todos los restos australopitécidos de África del sur en un único género (*Australopithecus*) incluyendo los supuestos géneros *Paranthropus* y *Plesianthropus* de otros investigadores.

En cuanto a los restos recogidos en África oriental, sobre todo en Oldoway, nuestro autor cree también necesario simplificar la taxonomía englobando los distintos hallazgos de *Zinjanthropus* en el mismo género *Australopithecus*, al cual pertenecen además los restos clasificados por Leakey, Tobias y Napier como *Homo habilis*, pese a reconocer que su sistema dentario *no presenta diferencia apreciable con el del Homo sapiens*.

Los hallazgos de Omo (Abisinia) son también *Australopithecus*, con una antigüedad que remonta a unos 3 millones 300 mil años.

Señala que la relación filética entre *Australopithecus* y *Homo* es imprecisa, si bien cree que el tipo ancestral de *Homo* debió pasar por una etapa similar a la que encontramos en *Australopithecus*.

El paso de lo pre-humano a lo humano implica el surgir del pensar reflexivo, definiendo la reflexión como *la toma de conciencia de una acción diferida, de una acción retardada*; el fenómeno psicológico de la *espera*, que es la separación entre el momento de producirse el estímulo y la consumación del acto.

Este pensar reflexivo surge, según Piveteau, *del diálogo entre la mano y el cerebro, del tiempo entre sus reacciones recíprocas. Las rudimentarias herramientas líticas fabricadas por los australopitécidos son expresión de la dualidad mano-cerebro; producto de una mano que no termina aun su proceso evolutivo y de un cerebro que continúa aun desarrollándose*.

Para establecer el límite inferior evolutivo del *Homo* se carece de un criterio anatómico, ya que Piveteau rechaza por inadecuado el de volumen o capacidad cerebral. Hay que recurrir a documentos arqueológicos y supone que la herramienta lítica primitiva pudiera marcar el inicio de la inteligencia como *la facultad de fabricar objetos artificiales, particularmente herramientas para fabricar herramientas*. Sin embargo, se pregunta a continuación: ¿es que en realidad el útil fabricado implica forzosamente la existencia de un pensar reflexivo?, y se responde admitiendo que en el *filum* de los homínidos pudo surgir la posibilidad de fabricar herramientas incipientes, gracias a la liberación de la mano y



al desarrollo cerebral, pero que tal herramienta sería resultado de un *pensar técnico* que no implica todavía la existencia del lenguaje; estaría en el umbral de lo humano. Es decir que acepta un estadio pre-humano de la herramienta, del mismo modo que acepta un estadio pre-humano de la organización biológica. La herramienta sería la prolongación del cuerpo antes de llegar a ser la del espíritu. Esta etapa pre-humana, pero homínida, sería la del *Australopithecus*.

El lenguaje, en sus orígenes, queda todavía y quizá para siempre, ignorado; es un problema que la paleontología no puede resolver. El hombre es el único animal en posesión de un lenguaje articulado, que exige la previa modificación de ciertas características anatómicas en la laringe. La aparición del lenguaje articulado debió coincidir con el surgimiento de la reflexión. *Preguntarse cómo y cuándo comenzó el hombre a hablar es preguntarse cuándo y cómo comenzó a ser hombre.*

Transcribe de Lumley (1972) una cronología absoluta del pleistoceno, incluyendo las glaciaciones Donau y Biber, fijando el límite inferior de esta última en 4 millones de años; todavía en libros recientes la duración del cuaternario no alcanzaba más de 1500.000 años.

Los Australopitécidos habrían vivido hasta los 700.000 años, en tanto que el *Homo* (especie *Homo erectus*, o sea los pitecantropus, sinantropus, atlantropus, etc.) surge hacia 1 400.000 y perdura hasta los 300.000 años. El hombre de Neandertal ocuparía el período entre 120.000 y 35.000 años, en tanto que la especie actual (*Homo sapiens*) se conoce desde hace unos 40 a 50.000 años. Tales fechamientos deben interpretarse en su justo valor, es decir como edades geológicas sujetas a una amplia variabilidad.

Por exigencias de espacio nos limitamos a señalar los puntos de mayor importancia acerca de la primera etapa en la evolución homínida. Los niveles evolutivos de Arqueoantropos u *Homo erectus*, Paleoantropos (Neandertales) y Neoantropus (*Homo sapiens fossilis*) ocupan gran parte de la obra no sólo en cuanto a información sino también a interpretación. En los capítulos finales plantea las interrogantes de *¿Porqué huzy hombres?* y *¿Hacia dónde va el hombre?*, *¿cuál es su destino?*

En verdad, Piveteau ha hecho una excelente aportación paleoantropológica; este volumen es modelo de síntesis científica y de clara exposición didáctica. Se esté o no de acuerdo con algunas de sus conclusiones, debe leerse la obra. Y, de ser posible, habría que traducirla al castellano.

Piveteau, Jean. *Origine et destinée de l'homme*. Masson, editor. Paris, 1973. XVI+174 pp. y 58 figs.

EL SIGNO Y EL GARABATO O ¿ENTRE UN NUEVO ESCILA Y CARIBDIS?

por Manuel Mejía Valera

El hombre contemporáneo es para Octavio Paz un naufrago que se debate en medio de un escollo y un torbellino, nuevo Escila y Caribdis, en el que oscila entre signos que, para su desconcierto, se convierten en intraducibles garabatos.

Estas distorsiones originadas en la limitación humana para apoderarse de la realidad, alejan a Octavio Paz de la lógica —que estudia las significaciones— considerada como parte de la Teoría de la Ciencia (que sólo analiza nociones dotadas de eficacia cognoscitiva) para hacerlo concebir una lógica plena de sentido metafísico. Una lógica metafísica, una ciencia del logos que a la postre se confunde con la ciencia misma del ser, la cual, además, para el autor de *El signo y el garabato* es temporal e ideal, es decir, histórica.

Así, en “La Nueva Analogía: Poesía y Tecnología” —a nuestro entender el más importante de los ensayos del volumen— dentro de su obsesivo análisis del quehacer poético, Paz hace un recuento histórico de las imágenes del mundo que, como es comúnmente aceptado, hunden sus raíces en las estructuras inconscientes de la sociedad y se sustentan en una concepción particular del tiempo. En este repaso minucioso, aunque sin citarlo, coincide con Dilthey cuando asegura que el hombre no considera el tiempo —en realidad a sí mismo— como un mero suceder sino como un proceso intencional. Sabido es que para Dilthey la categoría esencial de la vida es su dinamismo: nuestra existencia es esencialmente *teleológica* e histórica; en suma dinámica y no contemplativa. Además, la vida espiritual se

caracteriza por una perpetua transformación de carácter acumulativo, lo más distante de la pura y vacía transformación.

Pero acorde con su sincretismo sui generis, Paz (más cercano a Nietzsche) se aleja de Dilthey, cuyo afán, como se sabe, es construir una teoría del conocimiento espiritual (así como Kant intenta fundar una teoría del conocimiento natural), basada en una nueva concepción de la psicología. El mundo histórico, para Dilthey, y todo lo que se halla alrededor de nosotros se refleja en nuestras vivencias: al ahondar en nosotros mismos, ahondamos y aprehendemos el mundo objetivo. Para Paz, en cambio, las nociones que del tiempo tuvieran todas las civilizaciones, han encarnado —y reencarnado— en esas imágenes que llamamos poemas. En suma, se llega al conocimiento identificándonos con la concepción del mundo de nuestra época, a través de la poesía, que viene a ser una superestructura de las diversas experiencias del tiempo, siempre en movimiento. No es el factor económico sino la imagen del mundo en perpetuo cambio la que crea esa superestructura. Por supuesto, la teoría de la comprensión histórica de Dilthey no acompañaría al autor de *El arco y la lira* en ese desordenado imperialismo (o totalitarismo) poético, que le lleva a afirmar que no cree en la omnipotencia de la historia, sino en la soberanía de la poesía, cuya sustancia es tiempo puro. Y en otro lugar: “El hombre es lo inacabado. . . él mismo es un poema”.

La sociedad actual se halla profundamente alterada por la técnica —la ciencia considera al tiempo sólo una coordenada—, al extremo de amenazarnos con la negación de la imagen del mundo: etapa apocalíptica que para Paz conlleva un doble riesgo: el mundo puede acabar de súbito por una catástrofe cósmica o por una hecatombe atómica, provocada por el hombre. Esta sociedad, repetimos, ¿se ha transformado en realidad en un garabato? ¿es insalvable —o intraducible— este mundo escindido por

